

Huerga Melcón, Pablo (2009). *El fin de la educación: ensayo de una filosofía materialista de la educación*. Oviedo: Eikasía; ISBN: 978-84-95369-39-0, 191pp.

De entrada hemos de decir que nos ha subyugado la lectura de este magnífico libro. Lo consideramos de lectura obligada para cualquier educador, sociólogo, político, o para cualquier persona mínimamente culta. La vasta cultura de su autor, el rigor con que analiza los temas planteados a pesar del sesgo que conlleva el sustrato teórico del que parte, o el modo de imbricar unos y otros temas nos parecen motivos más que suficientes para recomendar su lectura.

Otro hecho que nos ha sorprendido después de leer dicha obra es que en un ensayo materialista sobre el fin de la educación no se citen ni una sola vez autores tan relevantes en el ámbito de la reflexión teórica sobre la finalidad de la educación con un planteamiento marxista, como Bourdieu y Passeron, Baudelot y Establet, Oliver, por citar solo unos pocos, y en cambio aparezcan en muchas páginas referencias a Marrou, Morando, Ortega, o a Spengler.

En su introducción el autor comienza afirmando que no se puede conocer el destino de la educación sin remitirse a lo que realmente ha sido la educación, es decir a su historia, junto con otras ideas filosóficas relacionadas con la política y la cultura, lo cual explica perfectamente la extensión que Huerga concede en su libro al análisis de la historia de la educación, a la idea de estado, de individuo y de persona. Asimismo, en las primeras páginas nuestro autor afirma categóricamente que “la propia educación es materialista”, afirmación con la que estamos totalmente de acuerdo, aunque somos conscientes de que es una idea bastante discutible. Probablemente, el autor también es consciente de que la idea puede ser tildada de reduccionista y, por ello, aclara unas líneas más abajo que “La historia no sigue un curso predeterminado por fuerzas motrices tales como las ideas, el espíritu, o las bases e infraestructuras materiales..., lo cual quiere decir que los acontecimientos, en su papel causal, nunca arrojan resultados deterministas, pues están en confrontación constante con otros actos causales” (pág. 8). Es evidente que tomando como tesis de partida ese planteamiento teórico no es posible concluir afirmando que la educación solo puede reproducir las contradicciones de la sociedad en la que ésta inmersa, o ser el motor fundamental del cambio social. Que ello es así queda confirmado al inicio del tercer capítulo cuando el profesor Huerga, tomando como referencia a Jaeger, acepta que “La educación debería formar parte de las estrategias que las sociedades establecen en orden al sostenimiento de su estructura en el tiempo, aunque también es cierto que la educación, a partir de un determinado momento en la historia de los pueblos, no solamente contribuye al orden, sino que ha jugado un papel fundamental en su transformación...En las sociedades políticas la educación no cumple necesariamente el fin de la conservación del buen orden, aunque lo busques en su programas, lo cual no deja de ser una paradoja” (pág. 23). Quizás ello explique que Huerga apoye su razonamiento en la teoría de la esencia genérica propuesta por Gustavo Bueno y en la encrucijada de las modernas civilizaciones desgranada por Richta, en lugar de hacerlo en los autores marxistas que hemos citado anteriormente.

Aceptando que la educación está dirigida al individuo, nuestro autor concluye el capítulo tercero demostrando que la educación pública nació en Grecia, ya que fueron los griegos quienes utilizaron como catalizador el procedimiento técnico del registro de escritura y de la lectura. A partir de ese trascendental momento histórico, el profesor Huerga divide la historia de la educación en las siguientes tres etapas, que desarrolla y estudia concienzudamente a lo largo de las páginas de los capítulos cuarto y quinto. La primera abarca desde el siglo II, que trae consigo la posibilidad de aumentar la información contenida en un documento, pasando por la institución de los monasterios con sus copistas especializados en la fijación de los textos, hasta la aparición de la imprenta. La segunda etapa abarca desde la aparición de la imprenta hasta bien entrado el siglo veinte con la irrupción de las nuevas tecnologías de la información. La tercera es la actual, denominada por el autor, cibernética. Es evidente que esa división de la historia de la educación es tan criticable como cualquier otra. Sin embargo, su autor la justifica basándose en un conjunto de rigurosas obras, destacando entre ellas las tres etapas de la técnica de Lewis Mumford, o el fino análisis de la sociedad postindustrial de Daniel Bell.

El capítulo séptimo, con el que concluye la primera parte de la obra, analiza el curso de la educación como un producto del enclasmamiento de las personas, entendido como la integración de los fines individuales en los planes y programas generales de la sociedad, lo cual, en la medida en que se produce una contradicción entre ideologías contrapuesta, explica que los individuos perciban las crisis sociales y los cambios históricos como “crisis de personalidad”. Basándose en esa idea de Gustavo Bueno, el profesor Huerga afirma de manera categórica que el curso de la idea de educación tiene lugar precisamente a través de la crisis de personalidad secuenciadas del siguiente modo: la crisis social que da lugar al nacimiento de la filosofía y de la educación en Grecia, la crisis de la ciudad estado que supone la aparición del helenismo, la crisis del imperio romano con la eclosión del cristianismo, la crisis del imperio español y la emergencia del capitalismo ilustrado, la crisis del capitalismo frente al surgimiento abortado del movimiento obrero, la crisis de la guerra fría, y la eclosión de la globalización (pág. 79). Según nuestro autor, esas crisis han dado lugar a la aparición de siete morfologías de la persona en las que ha tenido un peso muy relevante la educación: la persona como ciudadano de la polis, la persona como ciudadano del mundo, la persona como ciudadano de la ciudad de Dios, la persona católica proyectada por la Compañía de Jesús, la persona burguesa según el ideal protestante, la persona proletaria basada en la filosofía marxista, y la persona como sujeto consumidor. Obviamente, esas siete morfologías personales no son exhaustivas, ya que, cuando menos, Huerga se ha olvidado de la persona configurada por el islamismo.

En los dos capítulos que integran la segunda parte de la obra, nuestro autor analiza cómo se han ido configurando esas siete morfologías personales a lo largo del devenir histórico. Lógicamente, al tratarse de un ensayo materialista sobre la educación. El profesor Huerga recurre en varias ocasiones a la autoridad de Marx y Engels y a la praxis educativa de la Unión Soviética, analizando críticamente el desarrollo de la misma. Así por ejemplo, reconoce el avance que supuso la universalización de la formación profesional en lo que respecta al desarrollo tecnológico y productivo, y paralelamente admite que fue un rotundo fracaso en la aparición del nuevo modelo de persona que preconizaba el comunismo, que acabó pariendo un “hombre-masa” que más tarde se ha convertido en el hombre consumidor, absolutamente semejante al configurado por los regímenes capitalistas. Por último, nuestro autor abre una ventana de esperanza sobre el papel de la educación en la configuración del hombre libre, apoyándose en el efecto potencial de la introducción de las nuevas tecnologías en los procesos de enseñanza-aprendizaje, pero rápidamente cierra ese haz de luz cuando analiza el peso monopolista que en tal revolución están teniendo las grandes multinacionales, aunque afortunadamente “La comunidad Linux y el sistema GNU de código abierto se nos presenta como una especie de orden religiosa de monjes que, desinteresadamente, metidos en sus pequeños cenáculos y con el aspecto desastrado y abandonado de los antiguos anacoretas, abren las puertas que Microsoft nos cierra constantemente” (pág. 171).

En resumen, y a pesar de que nuestro autor en su modo de escribir es bastante claro y preciso, hay que reconocer que el libro es difícil de leer, tal vez porque focaliza su análisis de la educación en la filosofía de su maestro Gustavo Bueno y, obviamente, si el lector no está familiarizado con dicha filosofía no puede ser consciente del autentico alcance teórico de ciertos términos y figuras filosóficas que aparecen a lo largo de sus páginas. A pesar de ello, entendemos que es una obra profunda y rigurosa y, por ello, de obligada lectura en los tiempos que corren.

Félix Fernández Castaño